

## REIMS

### Padre Pedro José Ynaraja

El templo se llama exactamente Catedral de Nuestra Señora de Reims. Situada en el centro de la Champaña, donde se elabora, siguiendo estrictas normas del monje Dom Perignon, el famoso vino espumoso.

Junto con la de Chartres, son las que acumulan más esculturas en sus muros. Pasan de 2300 y, no obstante ser tantas y tan bellas, su visión no empalaga, a diferencia de las vidrieras de la Sainte Chapelle de París o de tantos retablos barrocos. No voy a ofrecer datos de distancias o fechas, supongo que quien esté interesado en ello, lo conseguirá fácilmente por Internet o consultando cualquier guía azul o semejante. Contaré lo que me llevaba y lo que del recinto me apasiona.

La última vez fui con el deseo ilusionado de contemplar con calma el Ángel sonriente. No era pura curiosidad estética, que también la tenía. Observarla me situaría, de otra forma, en una cuestión que en la actualidad pienso con frecuencia. Confieso que no llego a entender que cuenten los videntes de ciertas apariciones, que quien a ellos se dirige, aparece con rostro triste. Desconozco como será la existencia eterna, pero lo que sí nos afirma el mensaje revelado, es que el que haya vivido con fidelidad en esta vida, gozará de rebosante felicidad en la otra.

Lamentablemente, en Reims, como en tantos otros sitios, se ocupan de la fiel restauración de sus obras maestras. Tenía la escultura del ángel que me inquietaba a un metro de distancia, pero un tabique me impedía su visión. Tuve que contentarme con mirar y remirar el gran poster que se ofrecía al visitante. Esta imagen y otras, en esta catedral, incluidas las de Santa María, sonreían. Pese a que disponía de poco tiempo, verlas y fotografiarlas me satisfizo y pienso en ello. La Virgen, madre mía, como la biológica y también mi padre, me querían y animaban y procuraban contagiarme la felicidad que el haberme engendrado les procuraba. Sí, sufrieron a veces, pero yo estoy convencido que ahora existen felizmente y si se me aparecieran llorando, perdería un poco del deseo que tengo de ir al Cielo a gozar de la compañía del Señor, los ángeles, los santos de carne y hueso y tal vez otras criaturas que no puedo ni siquiera imaginar, pero sí suponer.

Deseaba fijarme detenidamente en la escultura de Juana de Arco que, según creo recordar, estaba situada en el mismo lugar que la Santa ocupaba en el momento en que su Delfín era coronado. Aquel día era para ella, y para Carlo VII, el triunfo y confirmación de lo que le habían dicho sus voces. Pero fue también el inicio del distanciamiento y de la soledad a la que le condenó el que tenía suficiente con el rito, para divertirse luego rodeado de su corte y que en el caso de la heroína, acabó en su martirio. Sic transit gloria mundi. Con todos los honores, está situada ahora a la izquierda, en un altar lateral, no lejano a donde ella estaba ilusionada y soñadora.

Reims era desde antiguo, el lugar donde coronaban a los reyes, siendo ungidos con el oleo santo, guardado en una preciosa ampolla de la que solo queda un fragmento. El exquisito recipiente fue destruido durante la Revolución Francesa. Se recuperó un fragmento vítreo que, pese a tener poco valor, se conserva como símbolo destacado de una época gloriosa de la historia de Francia. Hoy ya ni se ungen, ni siquiera hay reyes en la nación. Lo mira uno con respeto y vuelve a recordar la emblemática latinada: sic transit gloria mundi. (acaba así la mundanal gloria). Y muchas otras más, añado yo, reflexionando.

Tenía mucho interés también, en ver con detenimiento las vidrieras de Marc Chagall. No era capaz de imaginar que una obra de este artista que tanto admiro y conozco, no desentonara en el precioso marco gótico. He de reconocer que, pese a la secular separación entre unas y otras vitrales, consiguió una maravillosa creación, que demuestra que la belleza, si lo es, casa con cualquier otro estilo plástico mientras también lo sea. Ya sé que antes de realizar una obra, el místico artista judío, pasaba un largo tiempo en el lugar donde debía emplazar su obra, empapándose del entorno, de los volúmenes, de la luz y del misterio que allí se respiraba. A fe que lo consiguió. Si existe una tendencia ecuménica teológica, con realidades como las comunidades de Taizé o Bosse, Chagall es una realidad de idéntica cualidad, en este caso judeo-cristiana y extraordinariamente bella.

Me he estado refiriendo a las vidrieras de Chagall y he cantado su belleza, pero las antiguas y anteriores, no son de inferior categoría. El día que dedique mi pequeño reportaje a Chartres, hablaré de esto.

El templo es magnífico y hubo de agrandarse respecto a la primera construcción. Las coronaciones reales suponían gran asistencia de políticos, nobles y pueblo fiel. Este suntuoso cuadro era muy adecuado para este solemne momento. La sepultura real correspondía a la sencilla y elegante catedral de Sain Denis, a la cual ya me referí otro día.

Decía al principio que la restauración no me permitió ver el original del ángel sonriente, pero debo reconocer que este proceso de recuperación, se hace con meticulosidad y utilizando la holografía y el laser, entre otras técnicas, de manera que se consigue un total éxito. Una buena prueba es el ejemplo de cómo estaba y como ha quedado el rostro de la reina de Saba. Espero que las fotografías que ilustren esta aportación, expresen mucho más de lo que mi descripción pudiera enseñar.